

COLETTE

SIDO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2026



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Sido*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2004 by Librairie Arthème Fayard y Hachette Littératures
© de la traducción, 2026 by Núria Petit Fontserè
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, lámina con motivo floral del libro *Variations : quatre-vingt-six motifs décoratifs en vingt planches* (1928), de Édouard Bénédictus

ISBN: 979-13-87964-18-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 5517-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Sido, 7

El capitán, 37

Los salvajes, 63

SIDO

—¿Y por qué iba yo a dejar de ser de mi pueblo? ¡Ni pensarlo! Te veo muy orgullosa, mi pobre Minet-Chéri, porque vives en París desde que te has casado. No puedo evitar reírme al ver lo orgullosos que están los parisinos de vivir en París: los auténticos porque creen que equivale a un título nobiliario, y los falsos porque se imaginan que han subido de categoría. Ya puestos, ¡yo podría presumir de que mi madre nació en el boulevard Bonne-Nouvelle! Y tú estás como un piojo hinchado porque te has casado con un parisino. Y cuando digo un parisino... El rostro de los verdaderos parisinos tiene menos carácter. ¡Es como si París los desdibujase!—Se interrumpía y levantaba el visillo de tul que cubría la ventana—: ¡Mira! Ahí viene mademoiselle Thévenin, que pasea muy ufana por todas las calles a su prima de París, esa tal Quériot. Ni falta hace que lo diga, se ve a la legua que esa señora viene de París: muchas tetas, pies pequeños y tobillos demasiado frágiles para el peso del cuerpo; dos o tres gargantillas, el cabello muy bien peinado... No necesito más para saber que la tal señora Quériot trabaja de cajera en un gran café. Una cajera parisina se emperifolla la cabeza y el busto, el resto no ve la luz del día. Además, no camina lo bastante y echa tripa. Este tipo de mujer morcillona la verás mucho en París.

Así hablaba mi madre cuando yo misma, hace tiempo, era una mujer muy joven. Pero ya mucho antes de mi matrimonio había empezado a decantarse por la provincia en lugar de por París. Recordaba sentencias de mi infancia, generalmente excomulgatorias, que lanzaba en un tono cate-

górico. ¿De dónde sacaba la autoridad y el jugo de las mismas, ella que no abandonaba ni tres veces al año la comarca? ¿De dónde le venía el don de definir, de penetrar, y esa forma decretal en la observación?

Si no lo hubiese heredado de ella, me hubiese inculcado, creo yo, el amor por la provincia, entendiéndolo por provincia no sólo un lugar o una región alejados de la capital, sino un espíritu de casta, una pureza obligatoria de las costumbres, el orgullo de vivir en una casa antigua, respetada, totalmente cerrada, pero que se puede abrir en cualquier momento con sus graneros bien ventilados, su pajar repleto y sus amos moldeados por el uso y la dignidad de la casa.

Como una auténtica provinciana, mi encantadora madre, Sido, tenía con frecuencia los ojos del alma puestos en París. Los teatros de París, la moda y las fiestas de París no le eran ni indiferentes, ni ajenos. Como mucho, le gustaban con una pasión un poco agresiva, casi feroz, acentuada por coqueterías, enfurruñamientos, aproximaciones estratégicas y danzas de guerra. Lo poco que saboreaba de París, cada dos años aproximadamente, la abastecía para el resto del tiempo. Volvía a casa cargada de lingotes de chocolate, de comestibles exóticos y retales de tela, pero sobre todo de programas de espectáculos y esencia de violeta, y empezaba a describirnos París, cuyos atractivos estaban todos a su altura, ya que nada desdeñaba.

En una semana, había visitado la momia exhumada, el museo ampliado, los nuevos almacenes, escuchado al tenor y asistido a la conferencia sobre «La música birmana». Traía un abrigo modesto, unas medias corrientes y unos guantes muy caros. Sobre todo, nos traía su mirada gris revoloteadora y su tez arrebolada por el cansancio; regresaba con las alas desplegadas, preocupada por todo lo que, privado de ella, estaba perdiendo el calor y las ganas de vivir.

Jamás supo que cada vez que regresaba, el olor de su abrigo de petigrís, impregnado de un perfume castaño claro, femenino, casto, alejado de las bajas seducciones axilares, me dejaba sin habla, incluso abrumada.

Con un gesto, con una mirada, volvía a hacerse cargo de todo. ¡Qué prontitud! Cortaba cintas rosas, desempaquetaba dulces coloniales, doblaba con cuidado los papeles negros alquitranados con olor a calafatería. Hablaba, llamaba a la gata, observaba a hurtadillas a mi padre, que había adelgazado, tocaba y olfateaba mis largas trenzas para cerciorarse de que me había cepillado el pelo... Una vez, al desatar un cordel dorado sibilante, vio que del geranio aprisionado contra el cristal de una de las ventanas, debajo del visillo de tul, pendía una ramita, rota pero todavía viva. El cordel dorado apenas alisado se enrolló veinte veces alrededor de la ramita desgajada, entablillada con un pedacito de cartón... Me estremecí, y me pareció sentir un escalofrío de envidia, cuando no se trataba más que de una resonancia poética, despertada por la magia del socorro eficaz sellado con oro...

Para ser una provinciana típica, sólo le faltaba el espíritu de denigración. El sentido crítico se erguía en ella vigoroso, versátil, cálido y alegre como una lagartija joven. Cazaba al vuelo el rasgo característico, el defecto, resaltaba con un destello unas bellezas oscuras, y penetraba, luminosa, unos corazones estrechos.

—Estoy colorada, ¿verdad?—preguntaba al salir de alguna alma en forma de pasadizo.

Estaba colorada, en efecto. Las pitonisas auténticas, después de zambullirse en el fondo del prójimo, emergen con frecuencia medio sofocadas. Una visita banal, a veces, la dejaba arrebolada y sin fuerzas en los brazos del gran sillón acolchado, tapizado de reps verde.

—¡Ay, estos Vivenet! Qué cansada estoy... ¡Estos Vivenet, por Dios!

—¿Qué te han hecho, mamá?

Yo llegaba de la escuela y marcaba mi pequeña mandíbula, como dos cruasanes, en una rebanada de pan tierno, colmada de mantequilla y jalea de frambuesa...

—¿Que qué me han hecho? Han venido. ¿Acaso podían hacerme algo peor? Los dos recién casados de visita de bodas, flanqueados por la madre Vivenet... ¡Ay, estos Vivenet!

No me decía más, pero después, cuando volvía mi padre, yo escuchaba el resto.

—Sí—contaba mi madre—, ¡una pareja que lleva cuatro días casada! ¡Qué poca vergüenza! Una pareja que lleva casada cuatro días debería esconderse, no ir por las calles, ni exhibirse en los salones, ni presentarse con la madre del novio o de la novia... ¿De qué te ríes? No sabes de modales. Aún me dura el sonrojo de haber visto a esa joven casada de hace cuatro días. Ella por lo menos se sentía incómoda. Como si se le hubieran caído las enaguas o se hubiese sentado en un banco recién pintado. Pero él, el hombre... Un horror. Unos pulgares de asesino, y un par de ojitos esquivos emboscados en el fondo de sus ojos grandes. Pertenecen a esa clase de hombres con cabeza para los números, que se llevan la mano al corazón cuando mienten y que tienen sed por la tarde, lo cual es señal de malestar estomacal y de un carácter agrio.

—¡Bien dicho!—aplaudía mi padre.

Pronto me tocaba a mí, por haber solicitado permiso para llevar calcetines en verano.

—¿Cuándo dejarás de imitar en todo a Mimi Antonin cada vez que viene de vacaciones a casa de su abuela? Mimi Antonin es de París y tú de aquí. Andar enseñando en vera-

no las canillas sin medias y en invierno los pantalones demasiado cortos y unas tristes nalguitas coloradas es cosa de los niños parisinos. Cuando sus hijos tiritan, las madres parisinas lo remedian con una pequeña bufanda de lana mongola blanca. Si hace muchísimo frío, le añaden un gorro a juego. Además, a los once años no es edad para empezar a usar calcetines. ¿Con las pantorrillas que te he dado? Parecerías una saltimbanqui, sólo te faltaría un platico de hojalata.

Así hablaba ella, sin medir las palabras ni deponer las armas, y llamo armas a sus dos pares de «lentes», una navaja, a menudo un cepillo para la ropa, unas tijeras de podar, unos guantes viejos y, a veces, el cetro de mimbre abierto en forma de raqueta trilobulada que se llama «sacudidor» y que sirve para varear las alfombras y los muebles. La fantasía de mi madre no se doblegaba más que ante las fechas que en la provincia se celebran con limpiezas a fondo, coladas y embalsamamiento de lanas y pieles. Pero no se sentía a gusto en el fondo de los armarios, ni envuelta en el fúnebre polvo del alcanfor, que ella sustituía por unos cigarrillos cortados en cachitos, por los hornillos de las pipas de espuma de mi padre y por unas grandes arañas a las que encerraba en el armario como coto de caza, refugio de las polillas plateadas.

Y es que era ágil y movidiza, pero no la perfecta ama de casa; era limpia, aseada, escrupulosa, pero lejos del genio maníaco y solitario que cuenta las servilletas, los terrones de azúcar y las botellas llenas. Con el trapo en la mano, y vigilando a la sirvienta que se entretenía limpiando los cristales y riendo con el vecino, se le escapaban gritos nerviosos, impacientes llamadas a la libertad.

—Cuando seco durante mucho rato con esmero la porcelana—decía—, me siento envejecer...

Cumplía lealmente con su tarea. Después bajaba los dos peldaños de nuestro umbral y entraba en el jardín. De inmediato desaparecían su excitación melancólica y su rencor. Toda presencia vegetal actuaba sobre ella como un antídoto, y tenía una forma extraña de levantar las rosas por la barbilla para mirarlas a la cara.

—Mira cómo se parece este pensamiento al rey Enrique VIII de Inglaterra, con su barba redonda—decía—. En el fondo, no me gustan mucho esas caras de reitres que tienen los pensamientos amarillos y violetas.

En mi barrio natal, no había más de veinte casas sin jardín. Las menos favorecidas gozaban de un patio, con o sin plantas, cubierto o no de emparrados. Cada fachada ocultaba un «jardín trasero» profundo, colindante con los otros jardines traseros por tapias medianeras. Esos jardines traseros le daban el tono al pueblo. Allí en verano se vivía y se hacía la colada; en invierno, se partía la leña y en todas las estaciones se trabajaba, y los niños, jugando bajo los cobertizos, se encaramaban a los adrales de los carros de heno desenganchados.

Los corrales que lindaban con el nuestro no encerraban ningún misterio: el terreno en pendiente, los muros altos y viejos, las cortinas de árboles protegían nuestro «jardín de arriba» y nuestro «jardín de abajo». El flanco sonoro de la colina hacía reverberar los ruidos, traía las noticias desde un atolón hortícola rodeado de casas a un «parque de recreo».

Desde nuestro jardín oíamos, hacia el Sur, a Miton estornudando mientras cavaba, y hablándole a su perro blanco, al cual, cada 14 de Julio, teñía la cabeza de azul y el cuarto trasero de rojo. Hacia el Norte, la madre Adolphe entonaba un pequeño cántico mientras hacía ramilletes de violetas para el altar de nuestra iglesia, sobre la que había caído un rayo y no tenía ya campanario. Hacia el Este, una campanilla triste anunciaba en casa del notario la visita de un cliente... ¿Por qué hablan de la desconfianza provinciana? ¡Vaya desconfianza! Nuestros jardines se lo contaban todo.
¡Oh, qué civilizada y amable vida la de nuestros jardines!
¡Cortesía, amenidad del huerto de «florista» y del bosque-

cillo de corral! ¿Qué mal podía venir por encima de un espaldar medianero, a lo largo de los remates de losas planas unidas por liquen y por siemprevivas espinosas, bulevar de los gatos y las gatas? Al otro lado, el que daba a la calle, los niños insolentes correteaban, jugaban a las canicas, se remangaban las faldas y se metían en el río; los vecinos se miraban y soltaban una maldición, una risa, una mondadura al paso de cada transeúnte, los hombres fumaban en los umbrales y escupían... Gris de hierro, con grandes postigos descoloridos, nuestra fachada sólo se entreabría con mis escalas torpes al piano, con un ladrido de perro respondiendo al timbre y con el canto de los canarios verdes enjaulados.

Tal vez nuestros vecinos imitaban en sus jardines la paz del nuestro, donde los niños no se pegaban, donde animales y personas se expresaban con dulzura; un jardín donde, durante treinta años, un marido y una mujer vivieron sin levantarse nunca la voz...

En aquella época había grandes inviernos y veranos abrazadores. Desde entonces, he conocido veranos cuyo color, si cierro los ojos, es el de la tierra ocre, agrietada entre las espigas del trigo y, bajo la umbela gigante de la chirivía silvestre, del color del mar gris o azulado. Pero ningún verano, salvo los de mi infancia, conmemora el geranio escarlata y el pedúnculo encendido de las dedaleras. Ningún invierno es ya de un blanco puro en la base de un cielo atestado de nubes pizarrosas, que presagiaban una nevada de copos más espesos y luego un deshielo iluminado por mil gotas de agua y brotes lanceolados... Aquel cielo pesaba sobre el tejado cargado de nieve de los heniles, el nogal desnudo, la veleta, y doblaba las orejas de las gatas. La caída mansa y vertical de la nieve se volvía oblicua, un débil rumoreo de mar lejano se elevaba sobre mi cabeza encapuchada mientras recorría el jardín, atrapando la nieve voladora... Ad-

vertida por sus antenas, mi madre salía a la terraza, saboreaba el tiempo y me lanzaba un grito:

—¡La borrasca del Oeste! ¡Corre! ¡Cierra las lucernas del granero!... ¡La puerta de la cochera!... ¡Y la ventana de la habitación del fondo!

Cual grumete exaltado del navío natal, yo salía disparada, chascando los zuecos, entusiasmada si desde el fondo de la refriega blanca y azul negruzca, silbante, un relámpago vivo, un breve trueno, hijos del Oeste y de Febrero, colmaban ambos uno de los abismos del cielo... Trataba de temblar, de creer en el fin del mundo.

Pero en lo peor del estruendo, mi madre, con el ojo sobre una gruesa lupa enmarcada de latón, se maravillaba contando los cristales ramificados de un puñado de nieve que acababa de recoger en las manos mismas del Oeste que se había precipitado sobre nuestro jardín.

¡Oh, geranios, oh, dedaleras! Éstas brotando del monte bajo, y aquéllos, en pendiente, encendidos a lo largo de la terraza, de vuestro reflejo recibió mi mejilla infantil un don encarnado. Pues a Sido le gustaban en el jardín el rojo, el rosa, las hijas sanguíneas del rosal, de la cruz de malta, de las hortensias y las varas de San José, e incluso el alquequenje, aunque reprochaba a su flor, con venas rojas sobre pulpa rosa, que le recordase la asadura fresca de ternera... A regañadientes, pactaba con el Este: «Llego a un acuerdo con él», decía. Pero seguía mostrándose suspicaz y vigilaba, entre todos los puntos cardinales y colaterales, aquel punto helado y traidor de juegos asesinos. Le confiaba unos bulbos de muguete, algunas begonias y unos *Crocus* malvas, veladores de los fríos crepúsculos.

Salvo un cuerno de tierra y un bosquecillo de laureles cerezos dominados por un ginkgo biloba—yo les regalaba sus hojas rayadas a mis compañeros de escuela, que las

desecaban entre las páginas del atlas—, todo el cálido jardín se alimentaba de una luz amarilla, con temblores rojos y violetas, pero no sabría decir si aquel rojo, aquel violeta dependían y dependen aún de una felicidad sentimental o de un deslumbramiento óptico. Veranos reverberados por la grava amarilla y caliente, veranos que traspasaban el junco trezado de mis grandes sombreros, veranos casi sin noches... Pues yo ya amaba tanto el amanecer que mi madre me lo concedía como recompensa. Lograba que me despertase a las tres y media, y me iba, con una cesta vacía en cada brazo, hacia las huertas que se refugiaban en el recodo estrecho del río, hacia las fresas, los casis y las grosellas velludas.

A las tres y media, todo dormía en un azul originario, húmedo y confuso, y cuando yo bajaba por el camino de arena, la niebla retenida por su peso bañaba primero mis piernas, luego mi pequeño torso bien formado, alcanzaba mis labios, mis orejas y mis narinas más sensibles que el resto de mi cuerpo... Iba sola, aquel país malpensante no entrañaba peligros. En aquel camino, a esa hora, tomaba yo conciencia de mi premio, de un estado de gracia inefable y de mi connivencia con la primera ráfaga, el primer pájaro, el sol todavía ovalado, deformado por su eclosión...

Mi madre me dejaba marchar, después de llamarme «preciosidad, joya de oro»; miraba correr y decrecer por la pendiente su obra, su «obra maestra», decía. Yo tal vez era bonita; mi madre y mis retratos de esa época no siempre están de acuerdo... Lo era por mi edad y por el amanecer, por unos ojos azules ensombrecidos por el verde, un cabello rubio que no sería alisado hasta mi regreso, y por mi superioridad de niña despierta sobre otros niños dormidos.

Volví con las campanadas de la primera misa. Pero no sin antes haber comido hasta hartarme, no sin antes haber

descrito en los bosques un gran circuito de perro que caza solitario, y saboreado el agua de dos manantiales perdidos que yo reverenciaba: uno brotaba de la tierra con una convulsión cristalina, una especie de sollozo, y trazaba su propio lecho arenoso; se desanimaba apenas nacido y volvía a hundirse en la tierra. El otro, casi invisible, aplastaba la hierba como una serpiente, se derramaba secretamente en medio de un prado, donde unos narcisos florecidos en corro eran los únicos testigos de su presencia. El primero sabía a hoja de encina; el segundo, a hierro y a tallo de jacinco... Me basta hablar de ellos para desear que su sabor me llene la boca en el momento en que acabe todo, y llevarme conmigo ese sorbo imaginario...

Entre los puntos cardinales a los cuales mi madre dedicaba llamadas directas, réplicas que parecían, oídas desde el salón, breves soliloquios inspirados, y las manifestaciones, generalmente botánicas, de su cortesía; entre Cèbe y la rue des Vignes, entre la madre Adolphe y el licenciado de Fourolles, una zona de puntos colaterales, menos precisa y menos próxima, se ponía en contacto con nosotros a través de sonidos y señales sofocadas. Mi imaginación y mi orgullo infantiles situaban nuestra casa en el centro de una rosa de jardines, de vientos y de rayos, en la que ningún sector escapaba del todo a la influencia de mi madre.

Aunque mi libertad dependiera a todas horas de una escalada fácil—una verja, un murete, un tejadillo inclinado—, recuperaba la ilusión y la fe tan pronto como aterrizaba, a mi regreso, sobre la grava del jardín. Porque, después de la pregunta: «¿De dónde vienes?» y el ritual fruncimiento de cejas, mi madre recobraba su rostro tranquilo y glorioso de jardín, mucho más bello que su rostro preocupado de casa. Gracias a su autoridad y su solicitud se levantaban paredes, y unas tierras desconocidas reemplaza-

ban a los cercados que yo había atravesado con facilidad, saltando de un murete a otro, de una rama a otra, y yo asistía a los prodigios familiares:

—¿Es a usted, Cèbe, a quien estoy oyendo?—gritaba mi madre—. ¿Ha visto a mi gata?

Echaba hacia atrás la gran pabela de paja tostada, que le caía sobre la espalda, retenida en el cuello por una cinta de tafetán marrón, y levantaba la cabeza para ofrecer al cielo su intrépida mirada gris, su cara color manzana de otoño. ¿Su voz llegaba hasta el pájaro de la veleta, hasta el milano que planeaba, hasta la última hoja del nogal o hasta la lucerna que, al despuntar el alba, se tragaba las lechuzas?... Oh, sorpresa, oh, certidumbre... Desde una nube a la izquierda, una voz de profeta acatarrado vertía un: «¡No, madame Colê...ê...tte!» que parecía atravesar con dificultad una barba ensortijada, unos ovillos de brumas, y deslizarse sobre unos estanques humeantes de frío. O bien:

—Si...í.í, madame Colê...ê...tte—cantaba a la derecha una voz acidulada de ángel, probablemente colgado del cirrus fusiforme que navegaba al encuentro de la luna joven—. La gata la ha oí...í...do a usted... Ahora pa...a...sa por las lilas...

—¡Gracias!—gritaba mi madre, sin ver a nadie—. Si es usted, Cèbe, ¡devuélvame mi estaca y mi cordelillo para los trasplantes! Los necesito para alinear las lechugas. ¡Y tenga cuidado, estoy pegada a las hortensias!

Aportación onírica, fruto de una levitación mágica, juguete de aquelarre, la estaca, envuelta como una rueda por sus diez metros de cordelillo, viajaba por los aires y caía plana a los pies de mi madre...

Otras veces, dedicaba una ofrenda fresca a unos genios subalternos, invisibles. Fiel al rito, echaba la cabeza atrás y consultaba el cielo:

—¿Quién quiere mis violetas dobles rojas?—gritaba.

—¡Yo, madame Colê...ê...tte!—respondía el incognoscible del Este, lastimero y femenino.

—¡Tenga!

El ramillete, atado con una hoja acuosa de junquillo, volaba por el aire y era recogido con gratitud por el Oriente lastimero.

—¡Qué bien huelen! ¿Por qué no conseguiré yo criarlas *pareci...i...das*?

«Claro», pensaba yo. Y a punto estaba de añadir: «Es cuestión de climas».

En pie al despuntar el día, y a veces adelantándose al día, mi madre concedía a los puntos cardinales, a sus bendiciones y también a sus maldiciones, una importancia singular. Es por ella, por inveterada ternura, por lo que todas las mañanas, desde el fondo de la cama, pregunto: «¿De dónde sopla el viento?». A lo cual me responden: «Hace muy bueno... El Palais-Royal está lleno de gorriones... Hace mal tiempo... El tiempo propio de la estación». Ahora tengo que buscar la respuesta en mí misma, acechar el recorrido de la nube, el jadeo marino de la chimenea, alegrar mi piel con el soplo del Oeste, húmedo, orgánico y cargado de significaciones como el doble hálito divergente de un monstruo amistoso. A menos que me repliegue rencorosa ante el cierzo del Este, el enemigo, el frío hermoso y seco, y su primo del Norte. Eso hacía mi madre, cubriendo con cucuruchos de papel todas las pequeñas criaturas vegetales asaltadas por la luna roja:

—Seguro que va a helar, la gata baila—decía.

También el oído, que conservó muy fino, la informaba, y captaba avisos eólicos.

—¡Escucha hacia Moutiers!—me decía.

Levantaba el índice, y se quedaba de pie entre las hortensias, la bomba y el macizo de rosales. Desde allí podía

captar lo que llegaba del Oeste por encima de la tapia más baja.

—¿Oyes? Mete el sillón, el libro y el sombrero: está lloviendo sobre Moutiers. No tardará más de dos o tres minutos en llover aquí.

Yo aguzaba el oído «hacia Moutiers»; del horizonte llegaban un ruido uniforme de perlas echadas al agua y el olor insípido del estanque acribillado de lluvia cayendo sobre sus fangos verduzcos... Y esperaba, unos instantes, a que las dulces gotas de un chaparrón de verano mojando mis mejillas, mis labios, confirmasen la infalibilidad de aquella a la que un único ser en el mundo—mi padre—llamaba Sido.

A mi alrededor vagan todavía dos presagios, descoloridos por su muerte. Uno tiene que ver con el zodiaco, el otro es puramente botánico: algunas señales juegan con los vientos, las lunaciones, las aguas subterráneas. Ellos son la causa de que mi madre encontrase París fastidioso, pues sólo en el aire puro de nuestra provincia eran libres, eficaces y perentorios.

—Para vivir en París—me confesaba—, debería tener un hermoso jardín. ¡Y ni así! En un jardín de París no podría recoger y coser para ti en un cartoncito las grandes semillas de ballueca, que son unos barómetros sensibilísimos.

Me recrimino haber extraviado absolutamente todos esos barómetros rústicos, semillas de avena cuyas dos barbas, tan largas como las de los langostinos, giraban, crucificadas sobre un cartón, a la izquierda o a la derecha anunciando el tiempo seco o húmedo. «Sido» no tenía igual para hojear, contándolas, las capas micáceas de las cebollas.

—¡Una..., dos..., tres capas! ¡Tres capas sobre la cebolla!

Dejaba caer las gafas o los impertinentes sobre las rodillas y añadía pensativa:

—Es señal de un gran invierno. Mandaré cubrir con paja

la bomba. Por cierto, la tortuga ya se ha enterrado. Y las ardillas, alrededor de la Guillemette, han robado cantidad de nueces y de avellanas para tener provisiones. Las ardillas siempre lo saben todo.

Si anunciaban en un periódico el deshielo, mi madre se encogía de hombros y se reía con desprecio:

—¿El deshielo? ¡Qué me van a enseñar a mí los meteorólogos de París! ¡Mira las patas de la gata!

Friolera, la gata doblaba en efecto debajo del cuerpo unas patas invisibles, y apretaba con fuerza los párpados.

—Si el frío es ligero y pasajero—proseguía Sido—, la gata se enrosca en forma de turbante, con la nariz pegada al nacimiento de la cola. Si el frío es intenso, resguarda la planta de sus patas delanteras y las enrosca formando un manguito.

Encima de unas gradas de madera pintadas de verde, mantenía todo el año unos altarcillos de plantas en macetas, geranios raros, rosales enanos, reinas de los prados con penachos de bruma blanca y rosa, algunas crasas velludas y achaparradas como cangrejos, cactus asesinos... Un cuadrado rodeado de muretes cálidos protegía de los vientos severos su museo experimental, unos tiestos de barro rojo donde yo no veía más que tierra suelta y dormida.

—¡No lo toques!

—¡Pero si no crece nada!

—¿Y tú qué sabes? ¿Acaso lo decides tú? ¡Lee lo que pone en las fichas de madera que están plantadas en los tiestos! Aquí, semillas de lupino azul; ahí, un bulbo de narciso que viene de Holanda; más allá, unas semillas de fisálida; ahí, un esqueje de hibisco (¡no, no es una rama muerta!), y más allá, unas semillas de guisantes de olor cuyas flores tienen unas orejitas que parecen liebres. Y ahí... Y allí...